

# mundo exterior



## — la calle —

**T**

ODOS los padres saben que a los chicos les atrae la calle. Hay una especie de instinto que les impulsa a salir de casa. La calle les

atrae, excita el más alto grado su curiosidad. Es éste un hecho que no hay que deplorar, sino que debemos admitir como tal y esforzarnos en comprender.

Sin embargo, la actitud de las familias ante esta realidad es muy variable. De una parte están las que, por razones diversas (insuficiencia de espacio, trabajo de los adultos fuera del hogar, indiferencia de los padres, etc.) dejan fuera a los niños durante la mayor parte de sus ocios, lo que, desde el punto de vista educativo, confina con el verdadero abandono. Otras, por el contrario, temiendo contactos extraños y espectáculos no controlados, confinan a los chicos en casa, reducen al mínimo sus escapadas al exterior y se esfuerzan en no dejarles salir más que acompañados.

Para los primeros, la calle no es solamente una zona para pasear, un itinerario que recorrer, sino el ambiente de vida normal, el lugar donde se encuentran los comaradas, el terreno de juego. Para los otros, un lugar prohibido donde les acechan misteriosos peligros.

Entre estas dos actitudes extremas, las hay más razonables. Enseñando al niño a protegerse de los peligros materiales de la calle (como es la circulación de vehículos) y procurando evitar que unas salidas demasiado frecuentes o demasiado prolongadas le expongan a unos peligros morales, conviene no privar a los chicos de una experiencia social particularmente rica e instructiva.

Si la calle ejerce tanta seducción es porque responde a unas necesidades infantiles profundas: en primer lugar, la de descubrir, la de lanzarse a una especie de aventura imprevista, pintoresca; y, además, la de ampliar el horizonte social del niño, la de hacerle salir del ambiente familiar (un poco confinado) y del ambiente escolar (a veces demasiado rígido) para participar en una vida más aireada, más amplia, más libre y más compleja.

Para el niño, la calle es un espectáculo permanente. Ya disfruta anticipadamente de ella cuando, sin salir de casa, con la nariz aplastada contra el cristal y los ojos muy abiertos, el niño contempla el desfile de los transeúntes, el ir y venir de los autos, el paso regular de esos vehículos (privilegiados, para él) que son los tranvías y los autobuses. Es un puesto de observación desde el cual el chico puede apreciar una fisonomía inusitada de los seres y de las cosas.

Pero la calle vista desde casa es objeto de una contemplación un poco pasiva que invita a algo mejor. Mucho más interesante es descender a ella, mezclarse con su

vida, desplazarse allí y hacer unos recorridos tentadores, contemplando muy de cerca las escenas curiosas.

Uno de los incentivos que la calle ofrece al niño es el contemplar los comercios. Si ya, desde muy corta edad, se muestra sensible a la atracción de los escaparates es porque él encuentra allí elementos de la vida real: las tiendas le ofrecen, concretamente, una escala de valores en el orden estético, en el económico y en un sentido humano y social.

En el colegio, el chico aprende a leer y a contar; aprende, por ejemplo, lo que es la leche y el pan. Pero es en las tiendas donde, por primera vez, experimenta sus



conocimientos y realiza un acto personal. Cuando cuenta el dinero, cuando compra tal o cual artículo, el niño ve en la vida práctica lo que había aprendido en teoría, desarrollándose así su sentido de lo concreto y de lo real.

La calle y el barrio constituyen, pues, un mundo a la medida del niño, un mundo al que se adapta, el primer dominio infantil. Allí ve imágenes de la vida, hermosas o feas, y encuentra puntos de partida para sus sueños.

Todos los chicos narran historias con elementos tomados de la calle. Es éste un ambiente en el que se despierta su sensibilidad, desarrolla su sistema de percepción, adquiere una cierta conciencia de la vida social y aprende a situarse con relación a ella. Se da cuenta de las diferencias con las otras personas e, incluso, puede experimentar una conciencia de clase que le oponga a otros niños y otras familias que él ve. Aprende, así, a situar a la gente según su manera de vestir, sus gestos, su tren de vida.

Los «personajes» que el niño encuentra en el ambiente callejero son más o menos fugitivos, pero ejercen sobre él una influencia que, frecuentemente, se minimiza: la florista, el panadero, el vendedor de periódicos, etc.

Todos estos personajes llegan a formar parte del mundo infantil e inculcan en los chicos ciertas nociones de trabajo especializado, una idea de las distintas profesiones mucho más tangible y viva que la que le ofrecen los ejercicios escolares.

Es preciso, por tanto, que la calle no sea solamente una ocasión de huida fuera del hogar y el lugar donde los niños son incitados a reunirse en «pandillas» proyectadas hacia la delincuencia. Porque existen también pandillas de chicos normales, que satisfacen una necesidad real para el niño; y sería contraproducente impedirle esta inserción en el grupo. Es en la «pandilla» donde el chico aprende a vivir con los otros, a enfrentarse con las dificultades de la vida en común, a compararse con otros niños de diferentes edades.

Los padres deben, pues, tomar conciencia de sus responsabilidades en este dominio, al mismo tiempo que se preocupan del desarrollo psicológico de sus hijos. Es necesario que guíen al niño para permitirle que se adapte a la calle y al barrio en que habitan. Privar a los chicos de esta experiencia sería malograr su aprendizaje de la realidad social.



Los animales y las plantas constituyen unos excelentes «agentes» para despertar el interés del niño hacia el exterior, para hacerle «descubrir» el mundo que le rodea.

Ya a los 9 ó 10 meses el bebé se siente atraído por los animales minúsculos: hormigas, moscas, gusanos, etc. Porque, contrariamente a lo que suele creerse, son éstos los primeros que interesan a los chicos. Si prestan atención a un perro o a un caballo es porque ven que sus padres se interesan por ellos.

El contacto del niño con la naturaleza no es solamente una cuestión de higiene física: de hecho, representa un medio irremplazable de educación intelectual (curiosidad fecunda) y espiritual (admiración y adoración hacia el Creador).

Pero no es sólo el vivir en contacto con la naturaleza lo que beneficia al niño, sino, sobre todo, el «actuar» con ella. Cultivar una planta es algo muy distinto al juguete, que es inerte, artificial, mientras que una planta, un animal es algo vivo, auténtico.

El niño, al cultivar una planta, observa resultados que no proceden de los adultos, como sucede en otras actividades; y como el poder de proteger y de crear es propio de las personas mayores, él se siente mayor e importante a sus propios ojos, puesto que «ha hecho vivir».

Por tanto, debemos fomentar la preocupación de los chicos por el cuidado de los seres vivos, vegetales o animales. Dar el aliento apropiado, asegurar una limpieza minuciosa son gestos a los cuales los niños dan un sentido profundo. Y en una época en que la vida individual tiene menos importancia que la vida de relación, la paciencia y el don de la simpatía que desarrollan en el niño sus relaciones con los animales y las plantas, le predisponen a unas fórmulas nuevas de convivencia: a soportar a sus semejantes, a comprenderlos y a amarlos.

Por otra parte, lo que solemos llamar «crueldad infantil» no es, con frecuencia, más que una curiosidad sin malicia. Cuando un niño arranca las alas a una mosca no sabe, generalmente, que hace sufrir. Importa, sin embargo, que aprenda a regular su curiosidad espontánea. Porque respetando a un gusano de seda aprenderá a no hacer sufrir a los demás.

Vemos, pues, que el contacto del niño con los animales y las plantas es un excelente remedio contra la agresividad excesiva y, por tanto, un medio eficazísimo para que se vaya integrando, poco a poco, en el mundo de los adultos.

Lo que también parece caracterizar las relaciones del niño con la naturaleza es la «confianza»: para él no existen plantas ni animales venenosos (es capaz de coger, sin temor, una culebra). Esta confianza evolucionará, más tarde, en un sentimiento de fe hacia sus semejantes.

El cuidado de los animales y de las plantas parece ser la introducción natural a la lucha que, a lo largo de su existencia, deberá sostener el niño contra su propio egoísmo. Es, pues, el contacto con la naturaleza un remedio eficazísimo para hacerle comprender que todos los seres vivos tienen necesidad de que alguien les ayude a vivir. Y esta idea despertará en él su afán de solidaridad, de ayuda a los demás, desarrollándose así su sentido social.

